

# Los padres, los hijos y la fe

Estas páginas son la transcripción de la charla que el autor dirigió a jóvenes parejas de su diócesis durante los encuentros que, a lo largo de los pasados meses de febrero y marzo, celebró con ellas y con sus hijos e hijas en Tolosa, Irún, Ordizia, San Sebastián, Arantzazu, Loiola, Eibar, Andoain, Herrera, Zarautz, Errenteria y Zumárraga.

El texto, que mantiene deliberadamente el estilo y el tono coloquiales, no sólo da cuenta de la "gran alegría" que supuso para el prelado aquellas "intensas jornadas" de convivencia. Sus palabras se dirigen de algún modo a todas las familias cristianas, necesitadas de la luz del Evangelio para mantener encendida la llama del amor y enfrentar la educación de los hijos en valores humanos y en la fe cristiana. De todos ellos necesita la comunidad cristiana para rejuvenecerse, actualizarse y cobrar nuevas energías humanizadoras y evangelizadoras.

## INTRODUCCIÓN

### 1. Finalidad del Encuentro

Estos encuentros tienen un objetivo bien preciso y acotado: no van contra nada ni contra nadie, sino en favor de la familia cristiana. No albergan directamente ningún afán reivindicativo ni campaña alguna contra leyes o formas de pareja vigentes. Están inspirados por una doble convicción:

- En un ambiente social difícil, las familias cristianas necesitáis la luz del Evangelio y los servicios de la comunidad de **Jesús** para mantener fresco vuestro amor mutuo y para abordar la educación de vuestros hijos en valores humanos y en la fe cristiana.

- La comunidad cristiana necesita de vosotros y vosotras, de vuestros hijos e hijas, para rejuvenecerse, actualizarse y cobrar nuevas energías humanizadoras y evangelizadoras.

Tenemos la esperanza de que estos encuentros van a servir para este noble y doble objetivo.

### 2. Los dos capítulos de mi exposición

La vida familiar gira en torno a dos núcleos: las relaciones de la pareja y la relación con los hijos. Expondré unos cuantos criterios en torno a estos dos ejes. Os preguntaré, no sin fundamento, si un hombre como yo, que por opción ha renunciado a casarse y a tener hijos, tiene la autoridad moral de la experiencia para hablaros de la



vida conyugal y familiar. Tal vez alguno recuerde el dicho de aquel hombre bastante defraudado que decía: "Cuando yo era soltero, tenía siete sistemas para educar a mis hijos. Ahora tengo siete hijos y no me vale ningún sistema". Ciertamente no poseo vuestra experiencia. Pero he pasado casi veinte años de mi vida presbiteral en contacto frecuente y profundo con muchas parejas jóvenes como vosotros. He estado junto a ellas en situaciones gozosas y penosas. He compartido la alegría y las preocupaciones provocadas por los hijos. Tuve además la suerte de profundizar en la temática familiar durante mis cuatro años universitarios en el extranjero. Desde esta experiencia, diferente y complementaria con la vuestra, os hablo con respetuosa y atrevida libertad.

## I. LAS RELACIONES DE PAREJA

Voy a desarrollar escuetamente cinco pensamientos en torno a este capítulo.

### 1. El fundamento de la pareja: el mutuo amor

Sin él, todo o casi todo queda suspendido en el vacío, aun en el caso de que queramos mucho a nuestros hijos y, por ellos, sigamos conviviendo.

Entre tantas aproximaciones incompletas y contradictorias, comencemos preguntándonos qué es el amor conyugal. Es sentimiento íntimo, profundo y afectivo; pero es más que sentimiento. Es deseo imperioso de intimidad corporal y espiritual; pero es más que deseo. Es además *compromiso mutuo y proyecto compartido*, asumidos ante Dios, ante la comunidad cristiana, ante la sociedad.

El amor de una pareja recorre una serie de fases que la prolongación de la vida conyugal durante 40 ó 50 años ha vuelto más complicadas. Todos los presentes conocéis o habéis conocido una primera fase: la del amor-pasión. Es una bella fase, importante para asentar las fases siguientes. Idealizo a mi pareja y siento una pasión sexual por ella. El amor-pasión tiene, en general, un recorrido más bien corto. Cuando se debilita, sobreviene la crisis: la secretaria o el profesor de gimnasia pueden resultarnos sexualmente más atractivos.

Escuché por televisión una entrevista a un "santo padre de la Iglesia" conocido por todos con nombre y apellidos:

**Antonio Banderas.** Tras su primera unión fallida, venía a decir: "Es casi inevitable que una pareja entre en crisis. Entonces surgen toda clase de tentaciones. Hay que pasar una mala racha. Si se resiste y se trata la crisis bien y a tiempo, en muchas ocasiones se supera. A veces hace falta un tercero cercano y respetuoso (una persona, una pareja) que oiga, modere, sugiera. Es preciso no dejar que la crisis degeneren". Previene o ayuda a superar muchas crisis el cultivo del amor mutuo. Veo desde la mesa de mi casa una "flor de pascua" que, tras varios meses, está lozana. Está bien tratada y bien cuidada. Por eso mantiene su frescura. El respeto, el diálogo, el cariño expresado, los detalles, la tolerancia, los signos de valoración, son decisivos. Me contaba una mujer separada: "Cuando salíamos mi marido y yo en cuadrilla y, en torno a un tema, yo me atrevía a opinar, mi marido me decía sistemáticamente: 'Cállate; tú no

entiendes nada'". No se sentía valorada. Cuando falta este cultivo, el amor va degenerando y convirtiéndose en rutina o en conflicto.

## 2. No basta quererse mucho; es preciso, además, quererse bien

Cuando no es así, pronto viene la decepción. Trabajé en París sobre unos sondeos realizados entre parejas jóvenes de los barrios periféricos. Al año del matrimonio, un tercio de las mujeres se sentían profundamente decepcionadas. Esperaban una pareja ideal, un príncipe azul, y se habían encontrado con un ser de carne y hueso que no sólo "ronca", sino que quiere dominar, grita demasiado, es intolerante, no renuncia a sus costumbres inveteradas. También los hombres pueden sentir una decepción semejante. Esperaban una "Dulcinea" y se han encontrado no precisamente con la rolliza moza de El Toboso, pero sí con un ser intermedio entre aquella y ésta. ¿Qué significa quererse bien?

■ En primer lugar, *respetarse* mutuamente. ¡Atención al machismo! Todos decimos: "Yo no soy machista".

Pero si somos sinceros y sabemos analizarnos, muchos hombres tenemos que confesar (y no me excluyo de entre ellos) que nos quedan aún resabios machistas que han ido formándose durante generaciones y generaciones. El machismo va matando el amor o lo va convirtiendo en una relación de dominio y sumisión. La salud de la pareja reclama tratarse como iguales, tomar las decisiones importantes entre los dos, sin derivar los problemas a uno de los cónyuges: "Díselo a tu padre; que él decida". Esta respuesta dada a un hijo no es signo de igualdad, sino de dimisión. "Lo hablaremos tu padre y yo"; esto es más sano.

La salud de la pareja reclama comunicarse todo (salvo aquella zona defendida por el secreto profesional). Las zonas oscuras o selladas, no comunicadas, generan desconfianza. La desconfianza induce la sospecha sistemática. Y la sospecha permanente es como un topo que convierte en polvo la tierra, mullida y rica en sales, del amor. Porque uno de los componentes del amor es la confianza mutua.

■ En segundo lugar, quererse bien es reconocer el ámbito de *libertad* de cada miembro de la pareja. La esposa de un matrimonio sexagenario, muy sano y muy unido, me decía hace poco: "J. es muy bueno conmigo, pero me quiere siempre a su lado. Un día por semana salgo con mis amigas de siempre a tomar un café y a arreglar el mundo. Pues siempre que salgo me pregunta: '¿Hoy también te vas?, ¿cuándo vuelves?'".

La versión más peligrosa de este afán de controlar, de atar en corto, son *los celos*. En una proporción moderada son un hecho normal. A veces son incluso un estímulo para no adormecerse en el cultivo del amor de pareja. La mujer que siente una pizca de celos irá tal vez más a la peluquería o se comprará prendas para agradar a su marido y mantenerlo en su amor. El esposo tocado por un asomo de celos llegará antes a casa o le traerá un detalle de alguno de sus viajes. Pero los celos desbordados son una patología y una catástrofe. Es preciso aprender a controlarlos. ¿Cómo? Comunicándolos humildemente. No utilizarlos nunca como inquisidores:



**La salud de la pareja exige tratarse como iguales y decidir entre ambos**



"¿Dónde has estado?, ¿a quién has hecho estas llamadas telefónicas?, ¿por qué has tardado?, ¿piensas en mí o en otro (u otra) en los momentos de intimidad?"

### 3. Para que una pareja siga siendo cristiana, es necesaria una formación general y específica

Si no la adquiere ni la actualiza, irá perdiendo fuelle progresivamente.

a. Necesita una formación cristiana *general*. No basta la que retenemos de nuestros años mozos. Hoy nuestra fe está siendo erosionada desde muchos flancos (el ambiente, la televisión, la nueva cultura que tiende a colocar aparte la fe). Necesitamos actualizar la fe de siempre, traduciéndola a formas hoy significativas. Nos es muy conveniente aprender a leer la Biblia como hay que leerla. Hemos de renovar y formular en clave adulta nuestro conocimiento de las verdades fundamentales de nuestra fe. Es preciso

actualizar la moral que aprendimos en la infancia, saliendo de la perplejidad en que nos sume el contraste entre lo que aprendimos de niños y adolescentes y lo que vemos, oímos y leemos hoy.

b. La familia cristiana necesita, además, una formación *específica* para su vida conyugal y parental. Vuelan hoy en el ambiente muchas ideas sobre la pareja. Son frecuentes muchas formas de vida de pareja. Tenemos que aprender a discernir. Para ello necesitamos *criterios*. Hemos de ser cristianos abiertos, pero cristianos que no comulgan indiscriminadamente con cualquier rueda de molino. Eso sí: cristianos que no condenan ni reprueban a las personas que viven formas claramente imperfectas de unión y no asumibles desde el Evangelio ni aptas para celebrar el sacramento del matrimonio. Eso sí: porque somos cristianos, somos abiertos; hemos de saber reconocer y apreciar aquellos valores que pueden encarnarse también en formas de vida de pareja que, para una mentalidad de cuño cristiano, son notablemente imperfectas. Cuando hay amor, abnegación, fidelidad, responsabilidad para con los hijos, habremos de saber apreciarlo y valorarlo.

### 4. La pareja cristiana es aquella que intenta vivir "en cristiano" todos los aspectos de la vida conyugal

No se es pareja cristiana sólo porque participamos en la Eucaristía dominical, aunque es éste un aspecto de suma importancia en nuestra vida común. Ni siquiera se es pareja cristiana solamente porque estamos comprometidos en la parroquia, en el colegio, en iniciativas humanitarias, con ser este compromiso un componente bien importante y saludable. Se es pareja cristiana cuando se plantean desde el Evangelio todas las áreas de la vida. Por ejemplo: cuánto gastar y cuánto dar (a Cáritas o al Tercer Mundo); cómo tratar a vecinos en situación delicada o dolorosa; cómo comprometerse en bien del barrio o del pueblo; cómo afrontar una desgracia: el paro laboral de un miembro, la enfermedad, la muerte de un familiar... Toda la vida a la luz del Evangelio.

De aquí se derivan dos consecuencias:

- No hay ninguna familia cristiana al 100%. Somos cristianos al 30%, al 45%, al 67%... De ahí para arriba, muy pocos. Hemos de tener la humildad de confesarlo.
- Es propio de una familia cristiana proponerse el "subir el porcentaje". La preocupación por que el espíritu del Evangelio (sus criterios, sus valores, su sensibilidad, sus opciones) vaya impregnando cada vez más profundamente la vida conyugal fiel. "La fidelidad es el amor que resiste el desgaste del tiempo" (Rovira).

### 5. Orar en pareja

Hace algún tiempo presidí la celebración matrimonial de unos parientes muy queridos que llevaban tres años viviendo en común y eran padres de una preciosa niña de dos años. En las conversaciones previas, ella "confesó" que, tras haberse acostado, antes de dormirse, oraba. Su compañero se extrañó y "confesó" que también él hacía lo mismo. El pudor, acrecido en estos tiempos de "cristianos subterráneos", les había impedido comunicarse esta intimidad y compartir su oración. Creo que no son un caso excepcional.



# La mejor educación para el amor es que el niño, el adolescente, el joven perciban que sus padres se quieren

Orar en pareja no es un aditamento de la vida conyugal de dos creyentes. Es un signo y alimento de su fe común y de su unión. Es un aspecto sumamente importante de su vida cristiana. Parafraseando un lema de otros tiempos, podemos decir: "La pareja que ora unida, permanece unida". No infaliblemente, pero sí muy probablemente, al menos mientras sigan con esta práctica saludable. Esta oración tendrá contenidos diferentes. Unas veces el tema central será la acción de gracias por la unión de los cónyuges o por los hijos. Otras, la petición de perdón a Dios y entre vosotros por las faltas en el mutuo amor y respeto. Otras, la plegaria por vuestros hijos y en su nombre. Por los hijos que son tan pequeños que todavía no saben orar. Por los hijos grandes que ya no oran porque están alejados o en crisis. La Eucaristía dominical de Familias es un excelente hallazgo que congrega, en

diferentes iglesias, semanal, quincenal o mensualmente a muchos padres jóvenes con sus hijos. Llevarlos a Misa con vosotros es uno de los testimonios más eficaces que podéis ofrecerles.

## II. LAS RELACIONES CON LOS HIJOS E HIJAS

También en este capítulo condensaré mi exposición en otros cinco pensamientos.

### 1. Primero, la pareja

El niño, el adolescente, el joven necesitan ver que sus padres se quieren. Más aún, han de percibir que la relación de intimidad entre padre y madre es más intensa que la que éstos tienen con ellos. Han de ir aprendiendo que existe un ámbito de intimidad reservado a la pareja y no abierto a ellos. Esta experiencia, lejos de frustrarles, les educa muy saludablemente. Modera los impulsos de fusión que el niño y la niña sienten hacia alguno de sus progenitores, señaladamente hacia la madre. Es necesario moderar estos impulsos para que los hijos vayan aprendiendo a ser en el futuro sujetos capaces de amar sin perderse en la pareja ni vivir excesivamente dependientes de ella. Uno de los mayores tesoros que podéis transmitir a vuestros hijos es esta convicción sentida: "Mis padres se quieren". Ésta es la mejor educación para el amor, para su alegría de vivir y para su equilibrio emotivo. A veces, esposas decepcionadas de su marido pueden compensarse



volcándose desmedidamente en los hijos y entablando con ellos relaciones demasiado protectoras o esclavas de su respuesta afectiva. Esposos defraudados pueden también volcarse sobre su "hijita del alma" y ser en exceso dependientes de mimarla o de conservar su afecto. Este fenómeno no es en absoluto saludable ni para la pareja ni para los hijos.

### 2. Diferir la satisfacción, tolerar la frustración

Dos necesarios logros de una auténtica educación familiar se han vuelto especialmente difíciles en nuestros días. ■ El primero es enseñar a los hijos a *diferir la satisfacción*. El niño que tiene la bicicleta al poco de pedirla se cansará de ella antes que aquel otro que se ha "trabajado" su bicicleta esforzándose por obtenerla a lo largo de un tiempo



**Orar en pareja es signo y alimento de su fe común y su unión, y algo muy importante en su vida cristiana**

mayor. En ese tiempo elabora su deseo, que pasa de ser un impulso caprichoso a una aspiración más serena. Un deseo elaborado permite después, cuando se logra el objeto deseado, una satisfacción de mayor calidad y duración.

He aquí una meta educativa difícil. Los niños y adolescentes tienden espontáneamente a la satisfacción *inmediata* de sus deseos de poseer objetos o de vivir prematuramente experiencias, por ejemplo sexuales. El ambiente consumista y permisivo en el que viven refuerza en ellos el impulso impaciente de satisfacción. Si no se modera tal impulso, degenerará en conductas agresivas por satisfacerlo. Se volverán crónicamente impacientes, incapaces de esperar. Siguiendo una comparación fisiológica, serán como el prostático que siente urgencia imperiosa de orinar y experimenta una muy deficiente y corta satisfacción al poner por obra su impulso.

■ El segundo logro que es preciso trabajar hoy con especial cuidado es enseñarles a *tolerar la frustración*. Ambos logros están conectados entre sí: a mayor impaciencia, menor tolerancia. La vida de nuestros hijos e hijas está llena de pequeños logros, pero también de frustraciones. La muchacha de 11 años a quien su "amigueta del alma" ha olvidado para unirse a otras muchachas de la clase, sufre una frustración que

## Niño y niña asimilan relaciones y valores que van envueltos de cariño

le afecta intensamente. El chico que es excluido del equipo titular y suplido por otro, padece igualmente una frustración. Tristezas, rabietas, encerramientos, destrucción de objetos, son a menudo formas de expresión de su frustración vital. Muchos hijos tienden a vivir dramáticamente tal frustración que afecta a su *autoestima*. Es preciso estar junto a ellos, ayudarles a comunicar su disgusto, reforzar su autoestima, desdramatizar su situación. Feliz la muchacha o el muchacho que descarga en su casa este "material radiactivo". En el límite, según los psicólogos, las frustraciones pueden, en sujetos débiles, generar tentaciones de desaparecer de esta vida que se les hace intolerable.

### 3. La familia es, con mucho, el espacio más indicado para inducir el despertar religioso del niño

Ni la guardería, ni la catequesis, ni la clase de Religión pueden suplir de ordinario, sino muy imperfectamente, la omisión de los padres en este punto.

Tal despertar religioso ha de darse en los seis primeros años de la vida del niño. Nuestros Secretariados diocesanos de Catequesis han preparado, para ayudar a los padres en esta tarea, un material excepcional.

Es preciso tener en cuenta esta afirmación de la Psicología de la Religión: "El niño o la niña no nacen religiosos, sino que se hacen (o no se hacen) religiosos" (A. Vergote). Tienen en su psiquismo los elementos para que, si se combinan adecuadamente, surja la experiencia religiosa. Pero estos elementos no nacen articulados entre sí. Pueden no combinarse o combinarse de otra manera, si no se cultivan adecuadamente.

¿Por qué es la familia el lugar más adecuado para que emerja en los niños la experiencia religiosa? Porque "la fe, con cariño entra". Y no hay espacio vital en el que un niño reciba tanto amor y tan buen amor como en una familia sana. El niño y la niña asimilan los valores y las relaciones que van envueltos en cariño. Si los padres presentan a Dios como Padre bueno, a Jesús como amigo que anima y perdona, a María como alguien que les quiere como su *amatxo* (su mamá), a la parroquia como una gran familia, al colegio como extensión de la familia, los niños se vuelven sensibles al valor religioso. Porque esta iniciación ha sido realizada envuelta en cariño y protagonizada por las personas que más les quieren y a las que más quieren. Si los padres son religiosamente indiferentes y no hay otras personas cercanas en el entorno (por ejemplo, los abuelos) en esa temprana edad, se malogra una preciosa oportunidad para suscitar en los niños la sensibilidad religiosa. Salvo raras excepciones, los hijos de una familia religiosamente indiferente no serán creyentes.

¿Quiere esto decir que el futuro de la fe de unos niños iniciados a la experiencia religiosa en la familia está asegurado? No. Todos los sociólogos afirman que



el ambiente exterior, al que los niños son más sensibles a medida que crecen, tiene una gran fuerza modeladora que puede llegar a neutralizar la primera iniciación. El ambiente, en general, no es propicio. Vuestros hijos e hijas van a "tenerlo crudo" para perseverar y crecer en la fe. Pero su gran ventaja para ello consistirá en que fueron iniciados en familia. Precisamente porque van a "tener muy crudo" mantenerse en la fe, habréis de poner mayor cuidado en una iniciación sagaz e intensa. La Iglesia tiene que prepararos para que aprendáis a realizarla. Abrigáis a vuestros hijos en el invierno. Abrigadlos para que sean creyentes en este largo invierno para la fe. ¿Cómo realizar vuestra tarea? Además de ofrecer los instrumentos pedagógicos



de la Virgen, reproducciones de santos. "La Corte Celestial" estaba bien surtida en nuestros hogares originarios. Hoy asistimos a una desaparición drástica de toda esta imaginería, hasta el punto de que en muchas familias cristianas no existe ningún signo religioso: ni una cruz, ni un cuadro de María,

■ El otro elemento es más interior y más importante: que vean orar a sus padres. Esto es decisivo. Para un niño de 5 años es decisivo que vea que su padre adorado habla con Dios Padre, con Jesús, con María. Es más importante que cincuenta insistencias de la catequista o cincuenta oraciones dirigidas en el colegio. Orar delante de los niños, orar con los niños, acompañarles en su oración nocturna, es vital. Asistir con los niños a la Misa Familiar, comulgar ante los hijos, cantar, responder, enseñarles a comportarse en la iglesia, son maneras de alimentar esa primera chispa de fe que deseáramos se convirtiera en llama vigorosa.

#### 4. Si alguno de nuestros hijos o hijas nos dice que no cree, ¿cómo reaccionar?

Estas situaciones no son excepcionales a partir de la adolescencia de los hijos. La desafección asoma incluso en edades anteriores. A veces, se trata de apagones temporales. Otras, de inicios de una actitud al menos prolongada, quizá definitiva. ¿Cómo actuar?

■ En primer lugar, respetarle. No recriminarle. No mostrarle (aunque así lo sea) que es un gesto que, más que "apagón" de la fe, manifiesta una voluntad de contradecir e incluso de provocar a los padres. Un muchacho de 15 años les dijo a sus padres, conscientemente creyentes: "Yo no creo en nada". A los dos meses, en el funeral de la abuela, le ven acercarse, un tanto "clandestinamente", a comulgar. Es preciso evitar entrar en polémicas, levantando la voz. Eso sí: preguntadle por qué, mostradle cuánto significa para vuestra vida la fe y cómo os aporta alegría, fuerza, sentido para afrontar la vida.



(la hermosa publicación de nuestros Secretariados) y de explicaros su uso adecuado, dos elementos me parecen de suma utilidad:

■ Uno de ellos consiste en que en la casa haya *imágenes*, signos y objetos que evoquen lo religioso. He aquí algo que no era preciso recordar a vuestros padres y abuelos. Nuestras casas estaban casi inundadas por crucifijos, imágenes

ni una Biblia, ni un cirio pascual, ni siquiera un laurel del día de Ramos. Yo mismo he tenido que regalar a familiares jóvenes un Crucifijo de marfil regalado en África para que presida el lecho conyugal o un Nacimiento en madera negra, venido de Tanzania, para que Jesús se haga visible, entre tantos objetos de adorno.

■ En segundo lugar, seguir dando ante él testimonio de vuestra fe. No sólo por vuestra práctica religiosa sostenida, sino por una vida coherente con esa práctica. Algunos estudios de psico-sociología religiosa sostienen con datos que uno de los motivos que inducen o refuerzan en los adolescentes el abandono de la fe es constatar que sus padres son "muy religiosos", pero a la hora de consumir, de criticar, de mentir cuando conviene, de desentenderse de los problemas del entorno, de "soltar la pasta" para el Tercer Mundo o para necesidades sociales..., son como los que no creen.

■ No dudéis nunca de que Dios Padre les quiere, les sigue, les interpela, les habla de alguna manera al corazón porque tiene una voluntad eficaz de ofrecerles su salvación, muchas veces por caminos que se nos escapan. No os culpéis preguntándoos: "¿Qué hemos hecho mal para que nuestros hijos sean tan apáticos ante la fe?". Los factores socio-culturales son decisivos y no está en nuestra mano controlarlos. La caída brusca del crédito moral de la Iglesia (más brusca en los Medios de Comunicación Social que en la opinión pública) influye también mucho.



■ Orad por ellos, por su fe. No os consoléis diciéndoos: "Mi hijo, mi hija, no son religiosos, pero son responsables, no se drogan, nos quieren, son buenos compañeros". Os preocupáis justamente por su salud, sus estudios, su empleo, sus relaciones. Os corresponde preocuparos también por su fe y sufrir por los signos de indiferencia que percibís en ellos. Presentadlos con frecuencia en vuestra oración; pedid para ellos el don de la fe y de la pertenencia a la comunidad eclesial.

## 5. Cultivar la dimensión religiosa en las celebraciones familiares

En una familia que se considera cristiana, algún elemento religioso no debe faltar a la hora de las celebraciones familiares. No escasean momentos propicios para tales celebraciones. El cumpleaños de alguno de sus miembros es ocasión adecuada para, en un momento de encuentro, orar por él en familia. El aniversario de la boda se presta también a la acción de gracias al Dios del Amor y Padre de la familia humana. La Confirmación de un hijo merece que tenga su complemento en algún plato extraordinario en la comida o en la cena. Un joven de 18 años, confirmado con viva sensibilidad religiosa, me decía decepcionado: "Me senté con toda ilusión a cenar con la familia; no hubo una alusión ni un detalle". Un nuevo nacimiento es un momento para que, cuando madre e hijo lleguen a casa de la clínica, la familia haga una oración por él y su futuro y dé las gracias por el nuevo nacimiento. La partida temporal o definitiva de uno de los hijos es coyuntura apta para que, en la cena de despedida, se ore por él. Un miembro hospitalizado (p.ej., un abuelo) está reclamando de la familia una plegaria común. Nochebuena y Pascua tienen rango cristiano para que, en torno al Nacimiento o al Cirio de Pascua, leamos un pasaje de la Biblia y oremos. En suma: familia, colegio cristiano, profesorado de Religión y parroquia, bien sincronizados, tienen en nuestros días una noble tarea, difícil y apasionante: lograr, con la ayuda intensa del Espíritu, que la fe de las nuevas generaciones cristianas sea:

- Personalizada: tienen que aprender a vivir su fe en medio de una sociedad en gran medida des cristianizada.
- Experiencial: no sólo ni principalmente un cuerpo de doctrina aprendida y una práctica asumida.
- Compartida: no vivida individualmente, sino en grupo.
- Centrada en lo esencial del cristianismo.
- Capaz de soportar las dudas de fe.
- No vergonzante, sino noblemente visible y confesante.

Le pido al Espíritu que nos dé esperanza y paciencia en este empeño.

